Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. 2020, XCVI-1, 213-219

ANTHONY H. CLARKE, UN CABALLERO LIBRE, SABIO E ITINERANTE

"Todo menos silencio"
Anthony H. Clarke

Tenía que suceder en primavera, pero en una cruel y extraña primavera oscura de pandemia y muerte. El 16 de abril de 2020 nos dejó Anthony H. Clarke, catedrático de Literatura española en la Universidad de Birmingham, hispanista, peredista por encima de todo y leal amigo.

A los lectores del insigne Cervantes no suele pasársenos por el magín que podemos encontrar un Quijote "redivivo", en palabras de Pereda. En primer lugar, porque sabemos que Alonso Quijano fue una criatura de ficción, y, en segundo lugar, porque la caballerosidad y la lealtad no son valores que veamos relucir desde lejos como emblemas de las armaduras de los héroes que surcan los páramos de la posmodernidad, y son también enseñas muy poco frecuentes en el mundo académico.

Pues bien, yo tuve la fortuna de conocer a un sabio quijotesco de los pocos que existen, el profesor Clarke, y considero que es necesario en esta revista que lleva el nombre de don Marcelino recordar al profesor, al investigador, al miembro de la Sociedad Menéndez Pelayo, un hombre que pasó cientos de horas leyendo y trabajando en la Biblioteca del sabio santanderino.

Pero la singularidad de la personalidad humana de Anthony no cabe en los estrechos márgenes de una necrológica puramente académica, sino que junto a sus logros investigadores me gustaría glosar su excepcional y pintoresca humanidad.

Anthony H. Clarke fue un gran lector, un excelente conocedor de la narrativa europea del XIX y un amante incondicional de España, como muchos de los eximios hispanistas que nos han dejado en los últimos años y prueba de ello, al margen de sus estudios sobre Pereda a los que me referiré posteriormente, son sus trabajos de difusión de la literatura española en Europa, su atención a las traducciones y sus investigaciones acerca de la novela española de los siglos XIX y XX, como su temprano análisis de la naturaleza en la narrativa de Concha Espina (1969), su estudio *A Further Range. Studies in Modern Spanish Literature from Galdós to Unamuno. In Memoriam Maurice Hemingway* (1996), un artículo en inglés en *Anales galdosianos* sobre *Nazarín* de Galdós (1991), varias investigaciones sobre los cuentos y novelas de Emilia Pardo Bazán, entre las que destaco el artículo sobre Pardo Bazán y la novela policiaca, publicado en el *BBMP* en 1973 o el capítulo dedicado al análisis del extraordinario inicio de *Los pazos de Ulloa*, editado en un volumen colectivo en la Universidad de Santiago en 1997 y sobre todo, su excelente conocimiento de la obra de Marcelino Menéndez Pelayo, del que dio muestras en varios artículos y conferencias, como el publicado en esta misma revista en 2009.

Su amor a las letras hispanas se concretó en una dedicación constante a la narrativa española del siglo XIX. Mantuvo una encomiable fidelidad al estudio de uno de sus autores más importantes, José María de Pereda. Al análisis de la obra del escritor de Polanco le dedicó más de cincuenta años de su vida investigadora, Pereda y Clarke fueron inseparables. Un Anthony adolescente descubrió *Pedro Sánchez* y su admiración por esa novela le trajo a España y a Cantabria, le hizo ser feliz entre los vecinos de Polanco, que lo nombraron Hijo adoptivo de la localidad en 2001. Su carrera como especialista en la obra de Pereda se inicia en los años 60 del siglo XX con su tesis doctoral, presentada en 1963 bajo el título *Don José María de Pereda and the Feeling of Nature in the 19th Century Spanish Novel*, traducida a nuestro idioma años después en forma de monografía con el título de *Pereda, paisajista. El sentimiento de la*

naturaleza en la novela española del siglo XIX en 1969 y continúa con trabajos como el *Manual de literatura perediana* (1974), primeros pasos en una labor de profundización en la narrativa del polanquino que no abandonaría Anthony H. Clarke en toda su vida académica.

En este primer trabajo se advierten ya las que serán señas de identidad de la personalidad investigadora de Clarke: rigor en el juicio académico, profundidad en la lectura de los textos y originalidad en la argumentación y valoración literaria. Estos tres caracteres están presentes en este investigador tanto cuando escribe artículos o capítulos de libros sobre las obras peredianas, como los dedicados a *Pedro Sánchez* o *Peñas arriba*, como en su labor como editor de obras del polanquino como *Hero y Leandro* (2001) y como prologuista de las obras de Pereda, tarea en la que es digna de destacarse su cuidadísima e interesante edición de una de las mejores novelas peredianas, *Peñas arriba*, edición que publicó la colección Austral en 1999.

Sin embargo, si tuviera que destacar una de las tareas más encomiables emprendidas por Anthony H. Clarke, esta sería sin duda su labor como codirector de las *Obras completas* de Pereda que fue publicando la editorial Tantín entre 1989 y 2009. Una ardua labor en la que trabajó denodadamente durante más de veinte años con el catedrático de Literatura española de la Universidad de Santiago de Compostela José Manuel González Herrán. Es este un interesantísimo proyecto editorial en el que colaboraron prestigiosos especialistas y profesores de universidades españolas, europeas y norteamericanas y que proporcionó una nueva edición revisada y anotada de todos los escritos peredianos, recogiendo asimismo algunas obras del polanquino de difícil acceso para los no especialistas, como los *Ensayos dramáticos*, artículos de prensa o costumbristas del joven Pereda, material inédito o cartas. En esta labor fue determinante el excelente dúo que Clarke y González Herrán hicieron como directores, prologuistas y editores de las obras y muy destacable asimismo el trabajo en muchos de los volúmenes de Salvador García Castañeda. Se trata de una empresa dilatada en el tiempo y ardua por la ingente cantidad de material, de personas que hay que coordinar, así como de otros imponderables que siempre empañan y dificultan tamañas tentativas. Sin la figura

del profesor Clarke esta nueva, moderna y necesaria edición de las *Obras completas* probablemente no se hubiera realizado, pues él fue uno de los iniciadores y mentores del proyecto.

La labor de este investigador en las *Obras completas* no solamente se centró en la coordinación y revisión de los trabajos enviados por los distintos especialistas, sino que además fue el editor de las siguientes obras: *El buey suelto*, *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, *De tal palo, tal astilla*, *El sabor de la tierruca*, *Sotileza, La puchera* y *Al primer vuelo*. Asimismo, fijó el texto de la novela *Peñas arriba* y escribió dos originales y excelentes prólogos a *El sabor de la tierruca*, una obra poco valorada por la crítica que Clarke ha sabido rescatar del olvido, y a la novela *Al primer vuelo*. El volumen VIII de esa colección de *Obras completas* de mi biblioteca personal tiene una cariñosa dedicatoria "al estilo perediano" que Anthony me escribió el 30 de noviembre de 2001, fecha de presentación del volumen y que es uno de mis tesoros más preciados, testimonio de su amistad y bonhomía.

Otro gran mérito del profesor Clarke como especialista en Pereda ha sido sin duda su continuada labor de difusión de la obra narrativa del novelista en el ámbito internacional, pues si el novelista de Polanco ocupa un lugar en los programas de estudios literarios de las universidades británicas, en las listas de lecturas de los estudiantes extranjeros, o en los Congresos Internacionales de Literatura decimonónica, ello se lo debemos en gran medida a su entusiasmo y al interés que siempre ha tenido por dar a conocer la obra perediana. No es extraño que desempeñe tal papel, por su condición de inglés, de hispanista y de peredista, pero lo que debería llamarnos a mayor reflexión y loa de su figura es el hecho de que sea curiosamente una persona cuya lengua materna no es el español uno de los mejores especialistas en Pereda, con las dificultades añadidas de penetrar en los entresijos de una lengua distinta de la suya y tan llena de matices, ironías y localismos como es la lengua del escritor de Polanco.

Quisiera detenerme en este momento en lo que ha sido el gran proyecto, lamentablemente frustrado, de los últimos años de la tarea investigadora de Anthony H. Clarke, su proyectado libro *Pereda, novelista europeo*. Se trata de un volumen que nadie como él hubiera podido escribir. Su conocimiento profundo de la narrativa

del cántabro, su condición de gran lector y exégeta de la novela inglesa, francesa, italiana, alemana y portuguesa del XIX y la posibilidad que tenía de leer esas novelas en las lenguas en las que inicialmente fueron escritas, sin los imponderables de las traducciones, un asunto que también interesaba a Anthony H. Clarke, eran elementos que le hacían acreedor de la mejor disposición para acometer esta ardua empresa. Hace ya más de diez años que me escribió una carta en la que me explicaba los pormenores de este libro, una obra que no pudo concluir y en la que pretendía abarcar todo el siglo XIX. Su objetivo era revisar la novela rural europea y situar a Pereda dentro de esa corriente, que no tuvo el mismo eco que la novela urbana. Inició Anthony aproximaciones parciales a esta difícil y extensa labor con la comparación entre Pereda y Thomas Hardy, y otros trabajos dedicados a Pereda y Manzoni, Balzac, Daudet o Dickens. El conocimiento directo o no de Pereda de la obra de estos autores no impedía, según el profesor Clarke, que el polen de las ideas circulara en el ambiente y hubiera una serie de elementos comunes entre la narrativa de estos y otros autores europeos y las páginas escritas por Pereda. En este sentido, cabría resituar a Pereda en el panorama literario de su momento y en el juicio que de su obra se ha hecho en el siglo XX, pues si por un lado triunfó la novela urbana de Galdós o Clarín y resistió mejor el paso del tiempo, no es desdeñable hacer una lectura comparatista de Pereda y el Daudet de las novelas de Tartarín o del Hardy de su primera etapa, por ejemplo, y en ese sentido, el novelista de Polanco no ha sido estudiado y tal vez elementos de su peculiar modo de novelar pudieran ser revalorizados. Y en esas estaba Anthony H. Clarke, cuando la enfermedad primero y la Parca después, segó su vida. Su carácter de investigador intensivo, que proponía lecturas profundas y aproximaciones sucesivas a un tema, por complejo que este fuera, como es el caso al que me estoy refiriendo, le impidió proporcionarnos los resultados completos de un "work in progress" en el que llevaba engolfado muchos años.

Sin duda, Anthony H. Clarke fue un insigne investigador, un estupendo divulgador de la literatura, siempre participante activo de la vida cultural santanderina y cántabra y el investigador de la obra de Pereda más entregado y entusiasta de cuántos ha habido. Pero además de sus conferencias, libros y artículos sobre Pereda, Emilia

Pardo Bazán, Menéndez Pelayo o la narrativa española del XIX comparada con la europea, fue un enamorado de España, un prosista excelente en nuestra lengua, con un estilo muy cervantino, un empedernido melómano y un gran bibliófilo que tenía miles de libros en su casa de Birmingham, muchos de ellos primeras ediciones del siglo XIX, que él quería donar al pueblo de Polanco, pues su ilusión era, según me confesaba, que hubiera un museo sobre Pereda en esta localidad, al que él me dijo que podría dotar con 17.000 volúmenes. "Las ilusiones perdidas", escribía Espronceda, son oportunidades desaprovechadas- añado yo.

Recuerdo a esa extraordinaria persona que a todos saludaba con gran amabilidad, un personaje de porte estrafalario, de singular inteligencia; me vienen a la memoria su sentido del humor, sus agudos juegos de palabras, su sonrisa mientras leía un texto literario. Cierro los ojos y rememoro la imagen de la inclinación que el dedo índice de la mano derecha de Anthony tomaba cuando señalaba aquella idea importante que sus discípulos o quienes le escuchaban no debían perder…

Permítaseme, burla burlando las necrológicas académicas al uso, recordar al amigo, al pintoresco a la par que extraordinario personaje que cada primavera, como las golondrinas, y cada otoño, como el viento sur, llegaba a Santander en la furgoneta las más de las veces o en coche, algunas de ellas. Un elemento insustituible de esa «geografía moral de la Montaña» a la que aludía el narrador perediano en *Don Gonzalo*.

Recuerdo a un hombre que pasaba leyendo en la biblioteca de don Marcelino todas las mañanas de esos meses primaverales y del otoño, escrutando la correspondencia del erudito y sus miles de libros, queriendo conocer los entresijos del mundo decimonónico, codeándose con Pereda, Menéndez Pelayo, Pardo Bazán, Mistral, Dickens, Hardy o Manzoni, como si se trata de contertulios de *La Flor de Carriedo* o *Nilos*, cafeterías donde Anthony, un hombre de costumbres, siempre tomaba café y un pincho a unas *inglesas* once en punto.

Me viene a la memoria su valentía, y, sobre todo, su libertad. Anthony H. Clarke fue, indudablemente, un hombre libre, que decidió jubilarse tempranamente para dedicar su vida a lo que más le interesaba, la lectura, la interpretación de textos literarios y la

música. Era esa libertad la que le permitía emitir sus juicios literarios con pasión intelectual y con originalidad, era esa libertad la que te hacía sonrojarte cuando te decía la verdad directamente, era esa libertad la que yo admiraba en él.

Era un hombre que pensaba que lo justo siempre triunfaba, que el juicio de quienes saben debe ser considerado, que merece la pena hacer las cosas porque te gustan, te interesan o son importantes, no porque convengan. Era un hombre ascético, un gran amante de la gastronomía, un buen catador de vinos, un curioso viajero, un pensador profundo, un gran amigo de sus amigos, y tenía muchos y buenos.

Ambos Anthonys, el maestro y el amigo, estaban tan profundamente unidos para mí que no sé a cuál de los dos echaré más de menos.

Espero poder ser fiel a sus enseñanzas literarias, pero deseo, sobre todo, ser leal a su legado personal y nunca defraudarle, porque él solía decirme mirándome a los ojos mientras paseábamos frente al mar hablando de libros y vidas que tenía puestas en mí «Grandes esperanzas».

RAQUEL GUTIÉRREZ SEBASTIAN
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA